tación de Esteban, donde el joven tenía su guarda-ropa; daría un traje cualquiera al guardia nacional, á quien no se podría reconocer cuando se hubiese mudado la ropa; y algunos billetes de cien francos le permitirían ponerse en salvo. ¿Qué le sucedería después? Faustina no debía preguntárselo; hecha la buena acción, tendría tranquila la conciencia, habiendo respetado la memoria de su padre.

—¿Con que salvarás á uno de esos miserables que han dado muerte al general?—exclamó Nelly.

—Lo han matado en el campo de batalla.

—Pero si no fuese por ellos.....

—Yo no sería huérfana, es verdad; pero ¿qué quieres hacerle? He sido educada en estas ideas. Un vencido es sagrado.

En aquel momento resonaron gritos en el camino.

—¿Qué es eso?—preguntó Faustina volviéndose.

—Veo cazadores de línea y pantalones rojos—contestó Nelly—y van conducidos por un capitán. ¡Calla! se dirigen hacia la verja... Mira, Faustina.

IX

Cuando un hombre huye, la primera idea de los que le ven es perseguirle: puro instinto del sér humano. La liebre que salta en el campo arrastra tras sí á toda una pandilla de labriegos, ansiosos de cogerla; y el gato que galopa con la cabeza baja por las calles, suele ser perseguido por veinte

ó treinta pilletes que gritan y aúllan. Los primeros soldados que vieron á Pedro Rosny, con su aspecto de loco, trataron de cogerle: al principio fué una persecución desordenada, al azar; pero después, los primeros soldados encontraron otros, y entonces se organizó la batida, procediéndose con método. ¿Quién era aquel hombre que huía en pleno día? Todos lo ignoraban; pero al punto se forjó una historia, y hablóse de un comunista evadido la víspera de las prisiones de Versalles. Un capitán de cazadores que iba al Monte Valeriano, quiso tomar también parte en la persecución; pero Pedro corría mucho, y muy pronto se perdió de vista. ¿Dónde se ocultaba? No se debía admitir que hubiese hallado refugio en alguna de las casas que franqueaban el camino; y en efecto, de pronto se le divisó á lo lejos en medio de un campo, y entonces se trató de cortar la retirada al fugitivo, que parecía un punto negro sobre la verde alfombra de yerba. De repente, desapareció cual si se hubiese hundido en algún abismo.

—¡Diablo!—murmuró el oficial—¿dónde estará?

El capitán Maubert contaba apenas veinticinco años, y adoraba su profesión. Enjuto, bien formado, esbelto, de cabello rubio y ojos grises, que revelaban inteligente energía, figuraba entre los mejores de su promoción en Saint-Cyr. Al principio de la guerra partió lleno de entusiasmo, como muchos; pero al cabo de pocas semanas comprendió que debía moderarlo, y que había muchos oficiales que no sabían nada, consistiendo su único mérito en arriesgar valerosamente

la vida. Luís Maubert no perdió tiempo: enviado á Memel como prisionero, se puso á trabajar animosamente, comenzando de nuevo su instrucción militar; y volvió, como otros muchos, para arrancar á París de la revolución.

—¡Qué brutos!—decía algunas veces.—¿Hay quien se explique semejante cosa? ¡Una guerra civil en presencia del enemigo! ¡Derribar la columna de Vendôme, cuando el alemán está en San Dionisio! ¡No solamente son criminales sino bestias! ¡Ah! ¡compadezco á los que me caigan entre las manos, pues los fusilaré como si fueran perros rabiosos!

Y el capitán siguió batiéndose como un energúmeno desde principios de Abril. Su batallón pertenecía á la división Bressier, y el general le citaba á menudo como buen oficial, lleno de gran porvenir.

—¿Por qué diablos corren así?—preguntóse Luís Maubert al ver los soldados que perseguían á Pedro.

—Es un comunista que se ha escapado, mi capitán.

—¡Ah! ya comprendo.

Sin vacilar más, el capitán interrumpió la marcha de sus hombres, ordenándoles que ayudasen á sus compañeros para apoderarse del fugitivo. Cuando Pedro desapareció de repente, el capitán quedó cabizbajo y mohino.

Era imposible que el fugitivo hubiese entrado en casa alguna: á la izquierda extendíanse los campos, del todo despejados, donde se hubiera visto muy pronto á un sér viviente, hombre ó animal, y por la derecha prolongábanse las espesuras del parque de

Chavry; de vez en cuando divisábase entre los claros el castillo, que se elevaba á lo lejos en medio de los árboles.

—No es allí donde se ha escondido seguramente—dijo el capitán en alta voz;—pero en fin, ya lo veremos.

Acompañado de sus hombres, costeaba el foso hacía un cuarto de hora, cuando de pronto divisó la verja; como la alameda se recodaba, el capitán no vió de pronto á las jóvenes; pero suponiendo que el dueño del castillo dispensaría aquella invasión un poco brusca, puesto que en tiempo de guerra todo es permitido, gritó con voz breve:

—¡Abrid la verja!

Faustina oyó las palabras, y como diese algunos pasos, el oficial pudo verla entonces, y adelantóse hacia ella con el kepis en la mano.

—Dispénseme usted, señorita—dijo;—ignoraba que estuviese usted aquí.

—Está usted dispensado, caballero.

—Buscamos á un federal que se ha escapado de las prisiones de Versalles, ó por lo menos se supone así.

—¿Y cree usted que se halla oculto en mi parque?

—Pienso que sí, señorita. ¿Me permitirá usted entrar con mi gente?

—Le permito á usted entrar, pero solo; soy la hija del general Bressier, y todo oficial francés será siempre bien recibido en mi casa.

—¿Es usted la señorita de Bressier? ¡Oh! ¡cómo la compadezco!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El oficial dijo esto con tal expresión, que Faustina no pudo menos de conmoverse; abrió la puertecilla que había junto á la verja, y el oficial penetró en la alameda.

—¿Conocía usted á mi padre, caballero?

—Tenía el honor de servir á sus órdenes, señorita.

Con un movimiento instintivo, lleno de nobleza y de gracia, Faustina le ofreció la mano. Aquel joven conoció á su padre, y por lo tanto, considerábale casi un amigo.

—¡Si supiera usted—dijo el capitán—hasta qué punto la compadezco, y cuánto deseaban nuestros compañeros manifestarla su respetuoso sentimiento! La muerte del general ha sido seguramente un rudo golge; pero al menos ha caído frente al enemigo en el campo de batalla, conduciendo sus soldados al fuego; ha muerto como todos deseamos morir; mientras que Esteban...

Faustina no decía una palabra; estaba sin aliento, como si la sangre hubiese afluido bruscamente á su corazón.

—Yo era compañero de su hermano—continuó el capitán—y somos de la misma promoción. ¡Qué brillante joven, qué generoso y qué bueno!

—¡Esteban muerto!—balbuceó Faustina.

Y permanecía siempre inmóvil, escuchando al oficial, que le revelaba el espantoso misterio: escuchábale pálida, agitada por estremecimientos convulsivos, preguntándose lo que iban á decirla, y por qué todo el mundo se había ingeniado para engañarla.

—¡Pobre Esteban!—añadió el capitán.—Los dos volvimos juntos del cautiverio. ¡Ah! No creía que la muerte estuviera tan cerca de él; sí, ahora lo recuerdo... me hablaba de su hermana; de su hermanita, á la que profesaba el más tierno cariño, y á la que tanto deseaba ver. ¡Quién hubiera dicho que aquel joven tan intrépido, que no retrocedía nunca, debía morir cobardemente asesinado!

—¡Esteban ha muerto!—murmuró Faustina por segunda vez.

Y no había una sola lágrima en sus ojos; pero en su mirada revelábase la cólera. ¡Su hermano después de su padre! ¡Ah! ¡esto era demasiado! La joven experimentaba una sed insaciable de vengarse de aquellos hombres malditos que la arrancaban á los únicos seres que amaba.

—Quisiera que hubiese oído usted lo que se dijo de Esteban cuando nos contaron su horrible fin. Los oficiales de mi batallón profirieron á la vez un grito de venganza. ¡Ah! se asesinaba á los capitanes de húsares que se habían batido contra los alemanes! ¡Pues bien! se trataría como á perros rabiosos á cuantos comunistas se cogieran. Esto no es guerra, sino horrores, barbarie, ferocidad; y por lo mismo compadezco de antemano á los que han caído prisioneros después de la aventura del bosque. No han quedado muchos. Pero dispense usted, señorita; con mis palabras renuevo todas sus penas.

Con sus pequeñas y nerviosas manos, Faustina cogió las del oficial, flexibles y duras como el acero.

—¿No comprende usted—le dijo—que no sabía nada?

Y sus ojos brillaban de tal modo, que el capitán Maubert se estremeció.

—Señorita...

—¡No, nada sé! Me ocultaban la muerte de mi hermano, tomándome sin duda por una mujercilla. ¡Esteban ha muerto! ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? Dígamelo usted todo.

—Señorita...

—Ya ve usted que no soy una mujer como las demás; que no profiero gritos ni me he desmayado; quiero saber toda la verdad, la verdad entera, ¿me entiende usted? He dado al país mi padre y mi hermano, y paréceme que tengo suficiente derecho para exigir que no se me oculte nada. Dice usted que Esteban ha muerto; yo lo ignoraba; quiero saber cómo le han matado. ¡Hable usted, vamos!

El dolor y el deseo de venganza transfiguraban el rostro de Faustina. Nelly, que se había acercado al pronunciarse las primeras palabras, acababa de arrodillarse y sollozaba amargamente; pero por las lívidas mejillas de Faustina no se deslizaba una sola lágrima; agitábanla, sí, ligeros estremecimientos; mas permanecía derecha, la cabeza erguida y con aspecto de implacable cólera. El capitán Maubert sentía haber hablado: aquella hermosa joven le imponía con su profundo dolor, en el que la desesperación se mezclaba con el delirio. Al otro lado de la verja, los soldados, que lo oían todo, hablábanse en voz baja con marcada

exasperación; cualquiera de ellos se hubiera dejado matar por la noble joven, cuyo padre y hermano habían sucumbido casi á la misma hora. El capitán Maubert dijo cuanto sabía: después de la gran batalla, unos sesenta fugitivos se ocultaron en el bosque; el capitán Bressier cayó en sus manos; y después de cercar á los guardias nacionales, tomando el punto que ocupaban, hallóse á Esteban muerto, con el cuerpo acribillado á balazos. ¡Y qué martirio debió sufrir aquel infeliz! El cuerpo estaba amoratado á fuerza de golpes...

—¡Basta, basta!...—balbuceó Faustina.

No pudo oir más, porque desfallecía; durante un momento ocultó su pálido rostro entre las manos, y á pesar suyo, representóse mentalmente el horrible espectáculo. Veía á Esteban en manos de aquellos hombres, que furiosos al saber que iban á morir, se arrojaban sobre él, magullándole á fuerza de culatazos y escupiéndole en la cara. ¡Su hermano, tan bueno, tan noble y generoso, en manos de aquellos bandidos que se complacían en atormentarle! ¡Y ella tenía en su casa uno de estos infames! ¡Y alimentando ideas tan caballerescas como absurdas, daba hospitalidad á uno de aquellos asesinos! En su dolor deliraba; ya no sabía lo que decía ó hacía. Con brusco ademán dirigióse á la verja y abrióla de par en par.

—¡Entren ustedes—dijo:—el que buscan está aquí!

Los soldados se precipitaron en la alameda, y ya algunos se introducían en la espesura para registrar á derecha é izquierda, cuando de pronto se presentó

Pedro Rosny. Estaba muy pálido, pero sereno y resuelto; y al verle, Faustina olvidó su cólera, comprendiendo sólo una cosa: que entregaba á la muerte á un sér humano. Entonces hizo un movimiento para ponerse delante de él; mas Pedro extendió el brazo.

—He oído, señorita, y la perdono á usted, pero debo advertirla que se engaña. He hecho todo lo posible para proteger á su hermano; soy un soldado, no un asesino.

Aquel hombre no mentía; bastaba mirarle y oirle para comprenderlo así. ¡Había hecho lo posible por salvar á Esteban! Faustina se precipitó hacia el capitán.

—¡Salvadle—gritó—salvadle!

—Ya no era tiempo; no se podía dominar á los soldados furiosos. Tenían cogido al tenaz rebelde, cuya persecución les fatigaba hacia tanto tiempo; y además aquel hombre formaba parte de los que se ocultaban en el bosque, según confesara él mismo. Antes que Luís Maubert hubiera dado la orden, los soldados conducían ya á Pedro Rosny al camino.

—¡Salvadle, salvadle!—gritaba Faustina retorciéndose los brazos.

El capitán se precipitó. Estrechándose una contra otra, las jóvenes esperaban, inmóviles y mudas, sin atreverse á pronunciar una palabra. No, aquel hombre no mentía; sus facciones expresaban la resolución y la voluntad, y debía creerse que en efecto había protegido á Esteban. Faustina y Nelly esperaban. ¿Se antepondría la disciplina al furor? ¿Podría el capitán re-

frenar la cólera de sus soldados? En aquella época los odios eran recíprocos, y ambos partidos aborrecíanse mortalmente; y Faustina, que lloraba á su padre y á su hermano, Faustina tan cruelmente herida por aquella doble desgracia, todo lo hubiera hecho para salvar al que acababa de entregar. De repente resonaron varias detonaciones siniestras.

—¡Ah infeliz!...—exclamó la joven.

Y cayó en tierra sin sentido.

PARTE SEGUNDA